



Homenaje de los miembros de «El hueco de mi vientre» a los hijos fallecidos en el Día del Recuerdo.

## El hueco de mi vientre: donde la vida se hace poesía en el dolor

*Toda persona tiene el derecho y el deber de vivir la muerte reconociendo que es la posibilidad última y definitiva que se extiende sobre toda su existencia, aquella en la que se juega el posible horizonte de la esperanza. Entre los ecos de esta promesa y para compartir un dolor incapaz de vestirlo con palabras, nació El hueco de mi vientre: una red solidaria formada por personas que han vivido, de un modo u otro, la muerte o pérdida de hijos pequeños, durante la gestación o tras el nacimiento. Compartir ese quebranto abrazó las vidas de unas madres que, ahora, abren un hueco para cualquier corazón deshabitado de una vida que llevaba inscrito el nombre de su hijo.*

«Yo tenía un hueco en el vientre que, al principio, me resultaba insoportable. ¿Cómo se puede vivir, amar, trabajar, criar y disfrutar cuando tienes un agujero, estás rota y no estás entera?». Por ello, «me sentía en todas partes fuera de lugar, por mi hueco en el vientre». Pero, al final, «acepté que nunca iba a rellenarse ese vacío...». Es la voz de Pilar Gómez-Ulla, psicóloga, terapeuta fa-

miliar y cofundadora de *El hueco de mi vientre*. Cuando sintió cómo Camilo moría en sus brazos con siete días de vida, María a los pocos minutos de nacer y otro bebé en el primer trimestre de embarazo, cada uno de sus latidos se fue en el corazón de cada uno de ellos.

Sin embargo, un día, de pronto, descubrió emocionada que aquel seno no tenía por qué ser algo tétrico: «Si un

agujero es el hueco de la guitarra y es una maravillosa caja de resonancia, ¿no podría ser mi hueco del vientre la caja de resonancia para el dolor de otros?», admite, con la voz y la mirada tan templadas como la túnica de su alma. De esta manera, Pilar cumpliría con el precepto de su primer mandamiento: hacer sonar en ella algo de aquello que callan los inocentes, los que sufren, los olvidados, los pobres...



Beatriz, Manuela Contreras y Pilar Gómez-Ulla, miembros de la Red «El hueco de mi vientre».



Carmen Guerra, matrona de «El hueco de mi vientre», perdió a dos hijas de nueve y quince años.

## Los cimientos de la Red

La vida, como la muerte, atesoran en sus límites un secreto guardado a golpe de pelea: un suspiro habitado con delicadeza y, a la vez, un grito varado en la sed del desconsuelo. Así nace esta red solidaria, en un atardecer de 2013, entre Madrid y Santander, con un grupo de padres y profesionales sanitarios que, tras vivir la partida de sus hijos, sienten que la atención a las familias, ante este drama tan inhumano, no guarda la sutileza que merece. «Esta experiencia no estaba siendo acompañada adecuadamente, ni dentro del propio sistema sanitario ni fuera», corrobora **Manuela Contreras**, matrona y cofundadora de la Red. **Emma**, como todos la conocen, es madre de tres hijos y, a la par que Pilar, otro testimonio de amor en medio de las ruinas del calvario. Sus palabras desprenden la alegría de los que se sienten agradecidos, en el filo del detalle y en la sombra de cada letra; a pesar de que, también, vivió la experiencia de muerte perinatal en dos ocasiones y en etapas tempranas de la gestación. Ahora, sus hijos **Sofía**, **Ramón** y **Camilo** siguen bailando, con ella y su padre, el tango de los que se saben a salvo de la adversidad.

El poso que les quedaba a cada una de estas familias atragantaba sus gargantas, «incluso en el caso de diagnosticar

al hijo una enfermedad, malformación o discapacidad», apunta Emma. «Entre otras causas, por el tabú en torno a la muerte, por el rechazo al sufrimiento y a la enfermedad a toda costa, y la falta de preparación para afrontar estos acontecimientos de la vida». Por esta razón, apostilla Pilar, «unas cuantas madres y matronas de Santander y yo decidimos lanzar un curso en el Hospital de Valdecilla». Tras descubrir que más de 70 personas se desplazaron desde toda España para participar en esta aventura, salieron con más sed de curar heridas y sanar cicatrices. Ceñidas a esa realidad que imploraba insistentemente cada uno de sus nombres, eran conscientes de cómo muchas familias estaban sufriendo en silencio y soledad, y los profesionales se sentían perdidos, en tierra de nadie y sin herramientas. «Arrancamos ofreciendo cursos —continúa Pilar— para mejorar la atención sanitaria y hacer solidaridad entre nosotros y con otros padres», y eso «da un sentido a nuestro propio dolor y una experiencia de amistad impagables».

## Un hueco donde aliviar el sufrimiento

La intención primera es apoyar a familias que viven un duelo perinatal: por el fallecimiento de un hijo en cualquier

etapa de la gestación o tras el parto, y por cesión de hijos en adopción o nacimientos con malformación o enfermedad grave. Un horizonte para cubrir ese hueco tan doloroso que, como confiesa Pilar, «puede ser un refugio, un lugar seguro que sirve para acoger a otros, una zona en la que entrar —como los refugios de la Guerra Civil—».

Y no lo hacen desde un matiz infecundo o impreciso, sino de cara a un compromiso activo. Así, desean estudiar, dar a conocer y prevenir las causas de las muertes perinatales, especialmente las injustas —provocadas por hambre, explotación laboral, inmigración forzosa, etc.—, y promover cambios en la conciencia social, las leyes e instituciones. Todo, para que se avance en el respeto a la dignidad de los padres en duelo y de sus hijos fallecidos o enfermos. Una voluntad, sin duda, con la mirada puesta en aquellos que les cortaron la voz o que les robaron sus derechos en su lucha por aprender, simplemente y a tientas, a vivir.

## «O te rompes, o te haces más fuerte»

Dando una vuelta a este deseo, me encuentro con **Óscar Quintela**, miembro de esta asociación y marido de Pilar. Toxicólogo forense, ha recorrido dife-





Madres durante un encuentro de la Red en Santander.

rentes asociaciones cristianas y de otra índole, que han ido configurando lo que hoy es y, sin barreras, vive. «No entiendo una forma de vida que no sea profundamente en relación con otros», relata, para contarme cómo sobrevive un padre de familia la muerte de tres hijos... «La partida de nuestro hijo Camilo, que nació a los seis meses y se murió tras luchar siete días en una incubadora, fue arrasadora para mí». Su experiencia demuestra que es algo «muy difícil de digerir», porque «durante años he vivido la muerte de mis hijos como una carga muy difícil de llevar». Además, asegura, con un nudo aún rasgueando su respiración, «uno cree que tiene que ser el fuerte en el matrimonio y, desde luego, ese no ha sido mi papel; sin la ayuda de mi mujer y el consuelo de muchos amigos y familia, seguro que ahora lo viviría de una manera mucho peor». Aunque, «también es verdad que, en mi caso, la fe me ayudó».

Dicen los expertos que, ante una situación así, o te rompes por completo o te haces más fuerte. Detalle en que coinciden cada uno de estos padres. «Creo que a Pili y a mí nos ha pasado esto último», asegura Óscar, «porque uno está desgarrado por dentro, pero el sentido de este desgarramiento puede ser transformado en más amor a los demás —especialmente a las familias que han pasado por algo así—». Pilar, a su lado, apura sus palabras y revela que los hijos han dejado en su vida más amor que sufrimiento: «Hay momentos de un dolor tan grande que parece que uno no puede con él». Así, tras la muerte de Camilo y después de



Familia de Camilo con sus cosas después de fallecer.

María, «mi marido y yo nos rompimos, tuvimos que rehacerlo todo y hoy seguimos en pie, echándolos de menos, pero sabiéndolos presentes». ¿Y a qué se agarra uno?, pregunto con recelo. «Al amor: el que habita entre nosotros y el que dejan los hijos para entregarlo al mundo». Alejandro y Juan, el primero y el quinto de esta bonita familia, colorean de ilusión las sombras de estos padres que, a pesar de las aflicciones y las dificultades, les ofrendan el cielo en cada huella de su existencia.

### Encontrar sentido a las lágrimas

A veces, vivimos con tanto miedo que confiar se convierte, sin siquiera darnos cuenta, en la opción más lucida. Y vencemos. Y encontramos sentido a las lágrimas. O, al menos, salimos de esa prisión que atormenta de silencios nuestras tormentas. Lo cuenta Emma, con una afirmación que destroza las reglas de lo establecido: «Se busca, se anhela, se aprende a amar al hijo de otra forma», y eso «supone poner en

juego la dimensión espiritual que toda persona tiene (también los padres que se dicen agnósticos)». Porque creer soporta con otro sentido las encrucijadas. «Esto se vive con gran apremio —continúa la matrona— porque trascender ese dolor tan grande es una necesidad para seguir viviendo». Sí, «y ponlo en mayúsculas», me advierte, con una cariñosa sutileza.

El camino del duelo puede ser, incluso, un sendero de transformación positiva: «Hay padres que, tras la muerte de su hijo, dicen que ya no dan importancia a las mismas cosas, que han cambiado sus prioridades». Y ahí, en ese combate de sentires, nacen testimonios verdaderamente sorprendentes. Como el de esa madre que se ha hecho enfermera para cuidar de otros, a ejemplo de aquella que cuidó de su hijo cuando este falleció... «He escuchado a padres de hijos con Síndrome de Down —continúa Emma— que, tras el disgusto inicial, dicen: “No cambiaría a este hijo por nada del mundo”, y dedican sus vidas a acompañar a otros padres en esta misma situación». Al final, el compromiso solidario se convierte en un lugar de encuentro con el hijo fallecido, y también de curación.

### Valeria: el latido primero y el silencio último

Belleza conquistada a golpe de dolor, canción armonizada a capela donde los aplausos, los desafines y la fama adquieren un valor accesorio. En ese cansancio tan lleno de sentido, tropiezo con la historia de Valeria, una bebé que nació con displasia renal bilateral: una de esas enfermedades limitantes de la vida donde los riñones no encuentran fuerzas para seguir. Sus padres lo sabían desde la semana 17 de gestación, y decidieron cuidarla, mimarla y custodiar, una a una, todas sus grietas, en cada momento de su vida... y también de su muerte.

La certidumbre del vivir nos empuja a preparar los grandes acontecimientos de nuestra vida, a saborear los detalles

de la ida, a poner amor en los cimientos; y, sin embargo, no estamos preparados para desinstalar certezas, para desvestir lo construido, para la despedida definitiva del que pone rumbo al hogar del Cielo. Los padres de Valeria sí lo hicieron, ¡y de qué manera tan valiente! Lejos de conformarse con el descompasado retozo de la marea, velaron el embarazo como si se tratase del mejor caudal del mundo. Su madre guardó la dieta con ejercicios y posturas que no dañasen a su pequeña, y también atesoraron las ecografías y los vídeos del fruto de su vientre. Como si todo fuese a ir bien. Y es que, al final, así fue para ellos. Prepararon todo con el cariño de quien dice amar eternamente. Todo. La vida y la muerte. La enhora-

buena y la despedida. El latido primero y el silencio último.

### Sufrir por otros ensancha la capacidad de amar

Era tan grande la pasión que vertían aquellos padres en su querer que, hasta el mismo protocolo de cesáreas, al verlos, cambió de manera radical: el hospital donde nació Valeria permitió hacer, por primera vez, el piel con piel en el quirófano. También consintieron que el padre estuviera presente durante la intervención y, después, el sacerdote para bautizarla... Sus razones descosían las formalidades, como peregrinos que ansían re-

basar la certeza de la gloria, como guardianes que sueñan con abrazar la nostalgia y llorar de alegría. Aunque gritasen las piedras, aunque sangrasen las heridas, porque su cantar ya habitaba en otra tierra. El día de su nacimiento, Emma fue la matrona: «Lo que presencié no fue algo lúgubre y

sin sentido. No. Vi una escena de amor. La neonatóloga proporcionando a Valeria los cuidados paliativos que le confortaron en todo momento, con gran sensibilidad y humildad. Todo el personal guardá-bamos básicamente silencio, entendiendo que estábamos ante un momento doblemente trascendente en la vida de unos padres: el nacimiento y la muerte de un hijo». ¿Quiere esto decir que no hubo dolor? Claro que lo hubo. ¿Acaso es incompatible amar y sufrir? Como me enseña Emma, por medio de Valeria y de sus padres, sufrir por otros ensancha nuestra capacidad de amar y hace grande nuestro corazón y nuestra alma...

### Cuando vence el amor

La historia de Valeria no es un caso más. Es un sí incondicional, con toda su fragilidad, pero convencido en su palabra. Por eso, Emma no se cansa de hablar de ella. «Cuando murió, su padre le puso el pañal y la vistió —¡tan amorosamente!— por primera y última vez». Demasiadas cosas tuvieron que hacer por primera y última vez, imagino. «¿Pero venció la muerte, el sin sentido, la desesperanza?», me pregunta, y yo solo puedo callar. «No —responde ella misma—, a mí me pareció ver que venció el amor». Eso de lo que ningún padre y ninguna persona se arrepiente y que siempre consuela tras la muerte de un ser querido: «Haber amado, haberla amado a lo grande».

Quizá ahí se encuentra el secreto, en amar, aunque muchas veces ni siquiera se entienda la belleza del vértigo y el salto al vacío de la fe. Y por eso, como revela Carmen Guerra, matrona y madre de la Red, nos falta una palabra en nuestro léxico para nombrar a los padres en duelo por la muerte de un hijo. «Tan solo una pregunta nos ocupa el pensamiento durante la aflicción: ¿Y ahora qué? Deberíamos empezar por buscar



Arriba, los padres de Valeria al poco de nacer esta. A la izquierda, el padre pone el primer y único pañal a su hija. Sobre estas líneas, la mano de la criatura.



la palabra que le ponga nombre a tantos «¿Y ahora qué...?». Porque «solo lo que se nombra, se reconoce socialmente, se llega a comprender, a empatizar y simpatizar con ello». Qué difícil es, ciertamente, encontrar la palabra que dé consuelo a la mirada de Carmen cuando recuerda a **Marina** y a **Irene**, sus dos hijas gemelas que fallecieron con enfermedad limitante, con 9 y 15 años.

## Ser madre sin tener a tu bebé en brazos

Por ese sendero también ha caminado **Sandra Ayra**, educadora social, asesora de lactancia y miembro de *El Hueco de tu vientre*. Con dos hijos muertos en el primer trimestre de gestación, ha encontrado en su maternidad el faro en torno al cual hoy gira su vida: «A raíz de esta experiencia nace en mí la pasión por acompañar a las mujeres durante las etapas del embarazo, parto y postparto en sus diferentes caras». Sus palabras guardan miles de preguntas a su paso, sobre todo cuando reconoce que «hay que aprender a ser madre sin tener a tu bebé en tus brazos y te encuentras con mucha incompreensión a tu alrededor, en los profesionales y en la sociedad». ¿Pero es eso posible?, interpelo. «Al principio, el dolor, la rabia, la angustia, la soledad y el miedo te acompañan cada día, pero aun en estos momentos y poco a poco con el tiempo, todos estos sentimientos van pasando y el amor se va abriendo paso». De esta manera, «puedes ver cómo tus hijos te han traído muchos regalos y te han dejado recuerdos preciosos del corto tiempo que compartisteis», y «esta experiencia te ha hecho crecer como persona».

Me asombra la facilidad de estas madres para fusionar la palabra amor en la intemperie de todas sus brechas. Y Sandra también lo repite: «La experiencia del dolor da paso al amor, y creo que no

puede haber nada más hermoso». Y, en su caso, con más razón aún. Porque su semblanza es asombrosa: con su bebé muerto de 14 semanas, se empeñó en verlo y en despedirse de él. Los profesionales se resistían y, ante su insistencia, se lo trajeron... ¡en un bote! Pero ella, con una lucidez asombrosa, insistió que así no, que quería a su hijo «pero bien», para «besarle, abrazarle y despedirme de él». Y una enfermera (Sandra dice que es ángel) se lo trajo entre gasas para que lo pudieran hacer. El padre, que es

sido consolado, quiere consolar», reconoce Pilar; «porque una sociedad donde el empobrecido, el débil y el enfermo cuenten de forma especial, es una sociedad mejor», señala Emma; «porque es un ámbito de salvación, propia y del otro», afirma Óscar; «porque así contribuyo a que la muerte deje de ser un tema tabú, se sensibilice a la sociedad y se vuelva a vivir como un ciclo natural», admite Sandra. Quieren que allí, en ese transitar de anhelos, en el hueco de sus vientres, quepan todos los que quieren caminar con otros para curarse mutuamente las pesadumbres y sanarlas trabajando.

Y yo, como creyente, ante un misterio tan grande, solo puedo permanecer en silencio. Observar, rezar y dar gracias. Por esa red tan necesaria, por su brega incansable en medio de tantos cansancios, por plantar raíces de agua viva en tierras donde solo quedaba la soledad del desierto.

Porque mientras haya vidas capaces de hundirse y abajarse a las encrucijadas de los sufrientes, seguirá siendo Tabor, Getsemaní y sepulcro vacío. Y, mientras me despido, pienso que también deseo, como Pilar, seguir a ese Jesús «que elige como amigos a unos “pringaos”

llenos de dudas, de miserias y traiciones; ese Jesús mezclado con el mundo». Ese que acompaña a quien sufre, con el vientre vacío y deshabitado, y que llora cuando muere su amigo... Porque en el dolor, en la desesperación y en la solidaridad, Jesús y su Madre nos han sostenido y nos sostienen; aunque nosotros no seamos conscientes, tantas y tantas veces, que es la debilidad la riqueza que nos une. ■

Carlos González García



Miembros de la Red y asistentes a un curso de escucha en el duelo perinatal.

musulmán, también pudo rezar. Muchas familias no tienen despedida porque, en esos momentos, no tienen fuerzas para tanta lucha. Sin embargo, Sandra desgarró todas las teorías: «Poder despedirme de mi bebé, fue un momento hermoso y transcendental como pocos que he vivido».

## Vivir intensamente la vida

Ser persona es sufrir por otros, y así van conformándose las manos de estos padres valientes. ¿Y qué aportará latir en el corazón de tantas vidas? Interrogo a la experiencia de los entrevistados. Y, en cada una de ellos, descubro un puñado de abrazos pendientes y, a la vez, una esperanza perpetua. «Porque el que ha



Libro de recuerdos de Camilo, el hijo fallecido de Pilar y Óscar. La mano sostiene una ecografía.